LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CTS. -:- SUSCRIPCIÓN EN PROVINCIAS, 1,50 PTAS. TRIMESTRE

Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547 MADRID

En Barcelona: Kiosco EL SOL, Rambla de las Flores

(FRENTE Á PUERTAFERRISA)

CONSULTA

de médico ex interno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el

606

De cuatro á seis de la tarde, 2,50 pesetas. Especiales, 5 pesetas.

Calle Santa Bárbara, 2

(esquina á Fuencarral, 73)

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo y garganta,** les conviene fumar lo menos posible, y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del

Doctor Laboschin

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

Dos pesetas caja en buenas Farmacias.

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.

Manuel González

SASTRE

EL QUE QUIERA VESTIR BIEN Y BARATO, DEBE VISITAR LA

SASTRERIA DE MANUEL GONZÁLEZ

Quiñones, 5, entlo. - Madrid

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo.** De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, pral.** De provincias, por carta.

FOTOGRABADO DE A. VAZQUEZ

Perfección & Rapidez & Economía & COLEGIATA, 7, MADRID

AÑO I. **Madrid, 26 de Agosto de 1911.** **NÚM. 17.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
JACINTO BENAVENTE
De veraneo.
EL SASTRE DEL CAMPILLO
La verdad pura.
RICARDO F. BLANCO
Una broma de mal gusto.
RICARDO J. CATARINEU
Primer amor.
EL CONFESONARIO
Artículos de LA MONTALVITO Y MALLA
RAMIRO DE MAEZTU
Carmen.
JOAQUÍN DICENTA
A... una.
JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO
Music-Hall.
ENRIQUE LÓPEZ-MARÍN
El símbolo.
MIGUEL DE CASTRO
De la sierra brava.
SÍ QUE SE CASA BOMBITA...
CHISMES DE LA SEMANA, ETC
CYRANO, TOVAR, SANTIESTEBAN Y ALFONSO

Retratos y caricaturas de Tina Meller, Julia Sanz, La Montalvito, Ricardo J Catarineu, Malla, Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.



TINA MELLER

Gentilísima «divette» española



FIEL Y VERÍDICA HISTORIA

DE LA ANGELES Y LA GLORIA

«Ante el Juzgado de guardia ha comparecido doña Angeles Vicente, denunciando que su compañera de profesión (ambas son escritoras) doña Gloria de la Prada la había amenazado de muerte, por creerla autora de unas canciones en que se la ofendía.»

(De *El Liberal.*)

Llevando moño y trenza,
señora mía,
¿no le da á usted vergüenza
de ser bravía?
Dígame francamente:
¿no le da «lacha»
matar á la Vicente?...
¡Pobre muchacha!
¿Qué canciones son esas
que le compuso?
¿Qué intenciones aviesas
en ellas puso,
para que usted se ponga
como una fiera,
porque versos componga
su compañera?...
Diga: ¿por qué prohibe,
señora mía,
que la Ángeles cultive
la poesía
como Gertrudis Gómez
de Avellaneda?
¡Voto á la piedra pómez!
¿Por qué la veda
que exprese—si la place—
sus pensamientos,
y exige que disfrace
sus sentimientos?...
Diga: ¿cuál es su falta,
cuál es la ofensa?
(Donde menos se salta,
la liebre piensa...)
¡Qué! ¿No hace usted buñuelos
(digo, cantares),
rimando sus anhelos
y sus pesares?
Pues si hace versos toda
bicha viviente,
¿por qué así se incomoda
con la Vicente?
Dígame: ¿es que la rima
la pone ciega,
y ha de ponerse encima
de su colega?
¿Por qué es tan agresiva,
si igual trabajo
da escribir desde arriba
que desde abajo?
¿Es que es usted más fresca
que una lechuga,
y el ombligo, en la gresca,
no se le arruga?
¿Es que se le hincha el forro
de los riñones?...
Pues, si es así, me ahorro
predicaciones.
Y, puesto que la rima
la pone ciega,
¡que quede usted encima
de su colega!

Carlos Miranda.

DE VERANEO

PONDERANDO la tranquilidad de que se gozaba en un establecimiento de baños, á fines ya de temporada, decía una señora: «¡Qué mal gusto tiene la gente! Ahora que no hay aquí nadie, es cuando debía venir todo el mundo.»

Lo mismo puede decirse de Madrid. En verano es cuando debía quedarse la gente.

Pero es preferible que no cundan las excelencias de *Madrid sur Manzanares*. Quédese para los iniciados el apreciarlas y gozar de ellas á sus anchas. Justamente la delicia mayor de la *villegiatura* cortesana es que deja uno de ver á mucha gente en unos meses.

Los madrileños, por lo regular, no gozan ni viven si no se codean y aprietan tres ó cuatro veces al día en el menor espacio posible. Matan el tiempo y el espacio. Cuando un madrileño dice: ¡Qué bien está esto!, ya se sabe, no puedes respirar de apreturas. Eso si los que lo pisan, codean y ahogan, es toda gente conocida.

Por la mañana, paseo callejero, reducido al menor trecho posible de calles, para que nadie se escabulla sin ser notado. Por la tarde, engranaje de ruedas en el paseo de coches, hasta formar una especie de máquina. Resoplido de caballo oreando el cogote de las damas, olor á gasolina y á correaje y á cuadra, y hasta la vista, que será por la noche en cualquier espectáculo.

Es una continua persecución de la cara conocida. El veraneo, para el mayor número, no tiene otra explicación ni otro objeto.

Nada como San Sebastián en otros años. Por allí pasaban desde el 15 al 20 de Agosto, todas las caras conocidas, *caras* al madrileño.

En cambio, por Madrid, puede uno pasar sin ver á nadie que recuerde molestias, obligaciones, historias ni cuentos. La imaginación halla más libre campo. Puede uno biografiar á capricho y sentir la dulce emoción de amar sabiendo á quién, cosa dificilísima en Madrid. Los trajes vaporosos á tres reales vara y la media peseta democrática del Retiro, sacan á luz en verano á innumerables y encantadoras niñas, ignoradas de los invernantes. De la salud no hablemos; en verano es inmejorable. La prueba es que también los médicos veranean (verdad que esto puede ser causa ó efecto).

Además, en verano parece como si Madrid, al aligerarse de ropa, se acercara más al desnudo de la verdad, tan ponderada por los moralistas.

En primer lugar, de los que se quedan ya sabemos todos por qué se quedan, por falta de dinero. Ya sabe uno á qué atenerse. El que se enamore de un ángel veraniego que no espere dote ni herencia. La mujer que favorezca á un galán agostizo ha de aceptarle del modo más propio de la estación. El hombre en sí, como dice el Rey Lear.

El Arte, también se despoja en verano de artificios engañosos.

En los teatros impera el género chico, ni más ni menos que en invierno; pero ahora no hay teatros que den chico por grande.

En la Plaza de toros, las novilladas se anuncian como novilladas y como tales se paga. Por este lado también triunfa la verdad. En las novilladas hay más cogidas que en las corridas *formales*.

¿En amor? Vedle triunfante y sin tapujos. Desde la Cibeles hasta Isabel la Católica y desde el anochecer en adelante, todo es rumor de besos y batir de alas... El amor libre en el estado libre. En amor no hay suspensión de garantías; como que solo pide una constitución... robusta.

¿En política?... (El lápiz rojo suprime lo mejor del artículo; afortunadamente no estaba escrito todavía.)

Jacinto Benavente.

NUESTRAS COCOTAS



JULIA SANZ

LA VERDAD PURA

EL hecho era indudable: había mil indicios que lo denunciaban; más que indicios, datos parciales, pruebas aisladas.

Las colillas de cigarrillos negros descubiertas por Luis en el gabinete de Rosario y que ésta, con sagacidad femenina, reconoció como suyas, declarándose, entre un mar de lágrimas, culpable del vicio de fumar, sugerido, según dijo á su esposo, por la curiosidad que le produjera la noticia de haberse dado al tabaco algunas damas linajudas... El sombrero de copa que, en sustitución del suyo, halló Luis en el perchero de la antesala y cuya procedencia no supieron explicar los criados ó, mejor dicho, la explicaron sobradamente con su turbación mal disimulada...

Rosario, imperturbable, aprovechó la feliz casualidad de ser de la misma medida que el de su esposo para hacerse fuerte y convencer á éste de que le había traído cambiado.

Pero no le convenció, como tampoco le había convencido la justificación de las colillas, si bien Luis tuvo el buen acuerdo de disimular sus celos, no dejando traslucir la preocupación que le producían estos detalles ni otros igualmente condenatorios, para no despertar la desconfianza de Rosario y proseguir sus investigaciones hasta llegar al pleno convencimiento de su deshonra.

Para otro cualquiera la infidelidad de Rosario sería un axioma que no necesitaba demostración; para Luis, dedicado á las ciencias experimentales, era un cálculo cuya fórmula final se adivina, una combinación química cuyo precipitado se presume. Pero esto no bastaba; necesitaba verlo, comprobarlo de modo que no dejase lugar á dudas.

Sí; tendría calma para desentrañar aquel misterio; para ir llenando su corazón de amargas progresiones hasta que resaltase claro é incontrovertible el convencimiento. ¿No la había tenido para llenar la pizarra de ecuaciones y logaritmos en busca de fuerzas y resistencias con que levantar puentes y sostener edificios?... ¡Pero qué horrible diferencia!... Hasta ahora todas sus investigaciones fueron creadoras, tuvieron como resultado una cantidad positiva, encarnaron en obras útiles á la Humanidad, pues significaban vida; esta investigación tendía á destruir, daría por resultado una cantidad negativa, sería una obra estéril, tan estéril como la muerte.

Luis desistió del auxilio de los criados; ni su seriedad ni su amor propio le aconsejaban este recurso; tanto valía como llamar á su cocinera para que le buscase un *coeficiente de resistencia*...

—Además—se dijo—, cuando ellos no han venido espontáneamente á venderme el secreto, señal de que se le tienen muy bien comprado los delincuentes.

¿Simular ausencias, rondar la casa, seguir á Rosario, ponerle espías, apelar, en una palabra, á los recursos vulgares ridiculizados en el teatro?... Tampoco. Era cien veces preferible vivir en la incertidumbre.

Nada de subterfugios: la ciencia los repele todos; haría, pues, la misma vida de siempre, como si nada ocurriese, como si en su corazón no tuviera albergue la menor duda.

Y así pasaron meses y meses, fomentando la tranquilidad aparente de Luis la confianza de Rosario.

La ciencia le ayudaría; era natural que quien todo lo consiguió de la ciencia acudiese á ella para que le revelase sus desventuras.

Un día Luis volvió á casa seguido de un mozo que conducía un magnífico fonógrafo.

Era una preciosidad: la última palabra en el invento de Edison; voces poderosas, aparato automático para impresionar varios cilindros consecutivos que se sustituían mecánicamente por sí solos, pudiendo recoger todo el acto de una ópera, toda una conferencia, cuantos sonidos se produjesen por espacio de dos horas; una verdadera alhaja. Rosario quiso verle funcionar inmediatamente; pero el *chiflado* de Luis, así le decía, se olvidó de comprar piezas bonitas y sólo trajo cilindros en blanco.

Ella misma le ayudó á colocarle en el cuarto de los vestidos, contiguo á su propio gabinete, de modo que la bocina se ocultase entre los cortinones de la puerta de comunicación, para lo cual se perforó ésta, pues así, según se explicó Luis, no se percibía el roce del cilindro, ni se veía el aparato, y la ilusión de la voz humana resultaría más completa.

La idea le pareció de perlas á Rosario, cuya sagacidad femenina, tan sutil otras veces, no llegó á sospechar que aquel mecanismo iba á ser el delator de sus devaneos.

Al día siguiente Luis le preparó para que en él quedase grabado cuanto se hablase en el gabinete de Rosario, y, como de costumbre, marchóse á la obra que estaba dirigiendo: un soberbio palacio, propiedad de una Compañía de seguros.

Cuando volvió á casa á la hora de comer, se apresuró á inspeccionar el aparato. Los cilindros aparecían casi intactos; ligero ruido de sillas; el *Intermezzo* de *Cavalleria*, tocado por Rosario en el piano; nada, nada absolutamente de lo que él buscaba con avidez y temor al mismo tiempo. Rosario había estado sola toda la tarde.

Lo mismo ocurrió en los días sucesivos. Ya Luis desconfiaba del procedimiento, ¡hasta maldecía de la ciencia, su única religión!, cuando una noche el fonógrafo le dijo todo lo que deseaba saber, todo lo que presumía: que Rosario tenía un amante, que estaba deshonrado...

¡Cruel audición! Cada frase apasionada era un martillazo que le descuartizaba el cerebro, una puñalada que le partía el corazón...

Allí estaba grabada toda la escena erótica de los adúlteros con una fría exactitud notarial, con la exactitud matemática tan adorada por Luis...

—¡Rosario!... ¡Rosario! — gritó el desdichado con voz estentórea, que retumbó en toda la casa.

Cuando llegó Rosario, alarmada por la forma del llamamiento, Luis se había repuesto y aparentaba una dulce tranquilidad.

—¿No querías oir el fonógrafo?—la dijo sonriendo.

—Sí, sí—contestó balbuciente Rosario, á quien el remordimiento la tenía en continuo sobresalto.

—Pues escucha—repuso Luis, pero esta vez con la solemnidad del juez que va á leer una sentencia.

.....

—¡Perdón, perdón, Luis de mi alma!—murmuró Rosario al escuchar las primeras frases, cayendo de hinojos á los pies de su marido, trémula de espanto.

.....

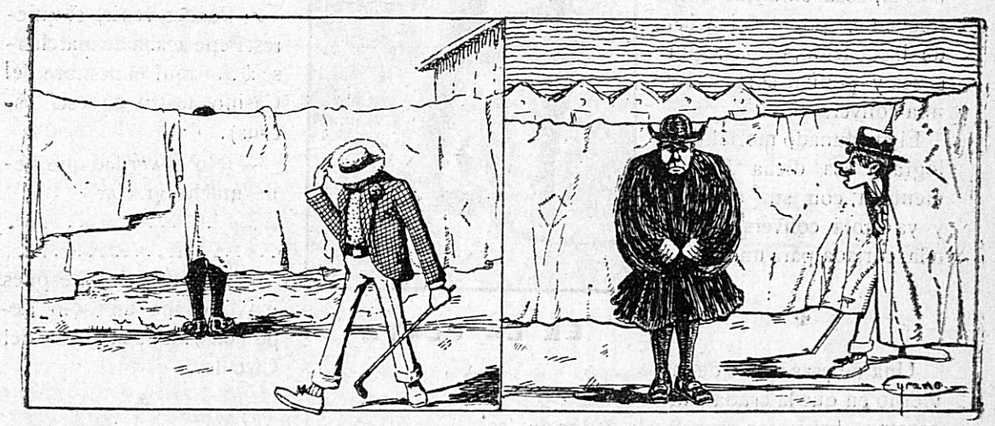
Sonaron dos disparos consecutivos, que pusieron en conmoción toda la casa.

Cuando acudieron los criados y algunos vecinos, ambos esposos yacían muertos en el suelo, manchado de sangre, que había salpicado hasta las paredes; y en medio del fúnebre silencio que reinaba en la estancia oíase claro y distinto un murmullo misterioso de lúbricos jadeos.

Era el fonógrafo, el fonógrafo, que explicaba al atónito concurso el argumento de aquel horrible drama... Era la ciencia, que pregonaba el triunfo de la verdad pura...

El Sastre del Campillo

CONSEJO ZARZUELERO



No enseñes en la playa
las pantorrillas,

porque hay muchos besugos
cortos de vista.

UNA BROMA DE MAL GUSTO

Era allá por los años en que el teléfono andaba en pañales y las telefonistas constituían el plato favorito de los sempiternos tenorios á la *cobalina*.

De los primeros sitios donde se instaló el aparato fué en uno de los más aristocráticos Círculos de la Corte.

La novedad del entonces moderno invento atraía todas las miradas, y el utilizarle, además de curioso, era así como algo de buen tono.

Los socios del Círculo de referencia aprovechaban los pretextos más fútiles para oprimir el botoncito de hueso y hacer llegar su voz á los lugares más extremos de la capital donde ya funcionaba el teléfono.

En ello mostraban una verdadera complacencia, y más si, cosa entonces muy frecuente, por deficiencias de instalación, había algún cruce y podían sorprender una conversación.

El afortunado mortal que lograba esa dicha lo comentaba con sus amigos, y ya había conversación y tela cortada para un rato.

✠



EN LA PLAYA

Una de esas tardes de invierno en que la cruda temperatura había congregado alrededor de las estufas del Casino á la mayoría de sus socios, se le ocurrió á uno de éstos, chispeante autor cómico, darles una broma aprovechándose del diabólico descubrimiento de Edison.

Cuando más animadas eran las conversaciones entró nuestro hombre en el salón de tertulia, y entre carcajada y carcajada, para atraer la atención de todos, les dijo:

—¡Tiene gracia! ¡Tiene la mar de gracia el aparatito ese! ¿A que no saben ustedes lo que acabo de oir?

Ni uno sólo de los presentes dejó de prestar atención, y entonces el bromista refirió lo siguiente:

—Pues verán ustedes: estaba yo hablando con el café que hay al lado de mi casa, pidiéndoles que hicieran el favor de enviar recado á mi mujer para que me mandara el impermeable con la muchacha, cuando de pronto un cruce me aisla de mi interlocutor y oigo una voz femenina, que dice:

—Puedes venir, si quieres. Pepe acaba de marcharse á ... (aquí el nombre del Casino teatro de esta escena).

—¿No es verdad que tiene mucha gracia?

. . . . . .

. . . . . .

Cinco minutos después no quedaba un solo Pepe en los salones del Círculo.

✠

Es de advertir que el guasón no se llamaba José.

Ricardo F. Blanco.

PRIMER AMOR

Miró Adán con asombro á todos lados,
al cielo azul, al sol resplandeciente,
á los montes de selvas coronados,
al valle ameno, al río transparente,
de la espuma del mar á los bordados...
Y los tigres rugían,
los pájaros cantaban,
rugidos y canciones se mezclaban
y después en el viento se perdían.
Las fieras á las fieras perseguían,
las aves á las aves se acercaban,
las rosas se juntaban con las rosas.
—¡Con tantos seres y con tantas cosas,
qué solo estoy, qué solo estoy, Dios mío!

Aquel que todos ven y es invisible,
que habla sin voz y que sin ojos mira,
fué para Adán aparición tangible.
—¡Señor, turbada la razón te admira,
te canta el viento, el cielo te da alfombra,
el ave errante á tu capricho gira
y te refleja el sol y el mar te nombra!
Lo más grande es pequeño,
comparado contigo.
Todos los grandes te tendrán por dueño
y todos los pequeños por amigo.
¡Señor, yo miro absorto
tanta hermosura de la tuya ejemplo!...
¡Son muchas las bellezas que contemplo!
¡Y son más aún las dudas que soporto!
¡A quién en el dolor ó en la alegría
los ojos volveré, que en mí pusiste!...
¡Lo más hermoso que á mis ojos diste
fúndelo en carne y dame compañía!
¡Vivir solo, Señor, es vivir triste!

La sangre se agolpaba á su cabeza,
pictórica de fuego,
y de un vértigo íntimo poseído,
sintió por vez primera la pereza,
cerró los ojos luego
y sobre el césped se quedó dormido.

En la tierra y el mar la noche umbría
pletó su negro velo...
Cuando Adán despertó, la sombra huía
y el alba ramilletes extendía
de rosas y violetas por el cielo.
El hombre abrió los fatigados ojos;
vió á la mujer, que dulce sonreía;
mostrando nieve entre claveles rojos,
y á las plantas de Dios cayó de hinojos



CATARINEU

diciendo:—¡Es más de lo que yo pedía!

. . . . . .

Adán enloquecía. Eva temblaba.
Moviéronse unas ramas levemente.
El silbido se oyó de una serpiente...
¡Y buscaron á Dios! ¡Dios ya no estaba!

Ricardo J. Catarineu.



El confesonario

LA MONTALVITO

SEGÚN oí contar á mis padres muchas veces, cuando yo tenía apenas mes y medio, una gitana, oyéndome llorar, me predijo que andando el tiempo había de ser cantante. Poco tiempo después, cuando ya me habían puesto de corto, y sabía besar y hacer otras muchas monerías, otra «cañí», examinando la palma de mi mano derecha, afirmó que sería muy amada...

Yo no sé... Soy un poquitín supersticiosa, y acaso demasiado justificadamente.

He sido muy favorecida. Primero, siendo yo muy niña, se enamoró de mí un fabricante de corcho, y porque yo no le correspondía, el muy alcornoque hizo no sé cuántas tonterías; la primera, á mi juicio, fué la de quererme... Pero ¡así es la vida!

Más tarde se prendó de mí un ruso, que yo no sé si sería príncipe, pero que era una barbaridad de apasionado. Tampoco le acepté, porque estaba comprometida. Y también el muy tonto se desesperó, y se cortó la cabeza con una navaja barbera. Tengan ustedes presente que se afeitaba sólo y que tenía perdida la cabeza. También hubo un ministro que me hizo la rueda. Era de la Gobernación, nada menos, y conservador, para mayor «gravedad». ¡Si todos ustedes le conocen!



ADELA MONTALVO

Yo me porté con él muy mal. Si, como me figuro, lee la simpática HOJA DE PARRA, reciba mis excusas y que me perdone.

Trabajaba yo entonces en Madrid, en un teatrito muy simpático, muy apartado del centro y muy acreditado como sicalíptico. El hombre-ministro me escribía una vez y otra, y solía enviarme sus cartas con un guardia municipal, muy de su confianza.

Yo no le contestaba nunca por escrito; cuando más, le decía al guardia lo que me parecía. Una noche había caído sobre el empresario del teatro una multa de quinientas y pico de pesetas por no sé cuáles faltas ó delitos sicalípticos.

—¡Si tú quisieras!... ¡Si tú quisieras!...—me decía acongojado el empresario, que estaba enterado de lo que me pasaba con el señor ministro.

Yo hice mis cuentas, y de ellas saqué la consecuencia de que podía reirme un rato y de paso hacer un favor á una buena persona.

—Hecho—le dije.

Y así fué. Por conducto del guardia solicité del ministro que condonara la multa al teatro, y además que si quería que le correspondiese, fuera á verme todas las noches.

¡Cómo me divertí! El mismo comisario del distrito fué á ver á mi empresario, y le anunció que estaba libre de la multa y que podía hacer lo que quisiera. El ministro, claro, también me atendió en lo demás. Durante seis noches seguidas estuvo yendo á verme, algunas veces «algo» disfrazado y siempre lo más escondido posible en un palco. Pero... ¿para qué? Les juro á ustedes que no le hice ni tanto así de caso. Me porté con él que ni D. Rodrigo Soriano....

Adela Montalvo

(LA MONTALVITO)

MALLA

AMORES, ámores!... Todos tenemos algo que contar, y el que diga que no, miente como un perro. Todos los hombres hemos hecho «lo nuestro», y á poquito que rebusquemos encontramos en la historia de nuestra vida algún episodio interesante. Todos los hombres, pero sobre todo los «públicos», llamémonos toreros ó políticos ó cómicos ó periodistas...

Si yo me echo á buscar y á recordar, «epato» á ustedes. Soy un poco joven y un poco pícaro, y peino coleta con un poquito de fortuna. ¿Ustedes creen que es necesario más para... lo que salga? Pues no, señores...

Mi primera conquista fué hace mucho tiempo. Era yo casi un niño y apenas si me acuerdo ya. Recuerdo sólo que una tarde, á poco de comer, salí al campo con otros muchachos, dispuestos todos á coger unos nidos; que yo perdí de vista á mis amigos, no sé cómo, y que á poco encontré á una muchacha muy coloradota y muy guapa, que vivía en mi barrio... Yo, la verdad, entonces no me atrevía á nada; apenas veía á una mujer cerca de mí me sonrojaba... y no pasaba más.



AGUSTIN GARCIA

Aquella tarde tuvo ella la culpa; me detuvo, me preguntó por mi familia, y luego... no sé más.

.....

Iniciado ya en el trato con las mujeres, poco á poco me acostumbré y me aficioné á ellas; y cuando llegué á ser torero, y á tener ocasiones de lucirme como galanteador y algo más no quedé muy mal, que digamos.

Me han ocurrido muchas cosas, muchas. Pero, claro, que todas ni merecen ni deben contarse, unas porque son demasiado vulgares y otras por excesivamente íntimas.

En Valencia, siendo yo novillero, hace tres años, se enamoró de mí una mujer casada y muy bonita. Me escribió; la contesté, y total, que nos hicimos novios.

Durante los seis días que yo permanecí allí estuvo conmigo todo el tiempo que pudo. Pero á ella la debió parecer muy poco, porque cuando me disponía á tomar el tren, después de habernos despedido y todo, llegó á buscarme á la estación y me dijo que quería acompañarme hasta Madrid.

Ustedes ¿qué hubieran hecho en mi caso? Claro, «apencar»... Pues eso, precisamente, hice. Pero lo gracioso vino luego. En una de las estaciones del tránsito nos salieron al paso unos caballeros, y uno que luego supe que era un juez invitó, primero, y obligó, después, á mi improvisada señora á que se quedase allí.

¡Rediós, qué apuros! El hombre quería á todo trance que yo me quedase también. ¡Y el caso es que yo había de torear al día siguiente! Además, que no nos habían de dejar estar juntos.

Menos mal que ella intervino, conciliadora, y dijo que no me conocía nada más que de haberme visto en el tren. Total, que se quedó la dama y que yo seguí.

Otra de mis aventuras fué en Madrid, con una señorita que hacía versos. La muchacha se enamoró de mí, y lo peor fué que coincidió con su mamá, que también empezó á asediarme.

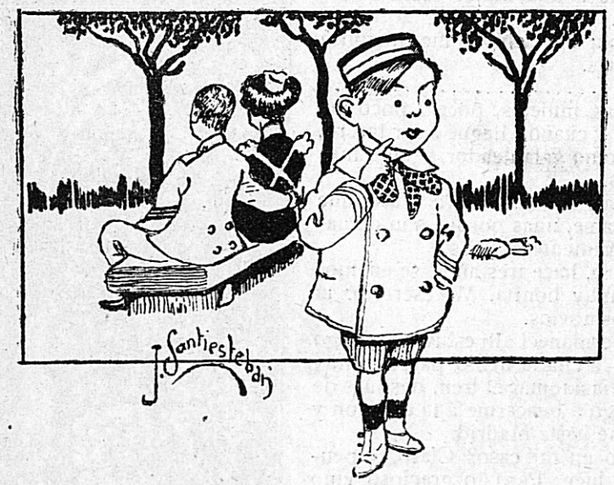
Yo no quería nada con ellas; pero al cabo un día cometí la debilidad de ir á una cita que me dió la niña, y ¡allí fué Troya!... Nos descubrió la madre, y ¡qué barbaridad! En ropas menores las dos se insultaron, se pegaron y qué se yo cuántas cosas más hicieron. Yo me escapé por una ventana, y hasta la presente. No quiero nunca nada más con poetisas. ¡Anda que *se escuernen!*

Y aquí hago punto, convencido de que estas dos cosas son, entre otras muchas, las más á propósito para contadas así, de pronto, que yo no pienso lo que escribo. ¡Conste!

Agustin García Malla.

CARMEN

AQUELLO parecía interminable. Cuatro horas, cuatro mortales horas iban transcurriendo sin que Carmen dejara de gemir y de arrastrarse, abrazándose á las piernas de Julián, colgándose de su cuello, oprimiendo el cuerpo contra su pecho, repitiendo las ternezas con que en mejores días le subyugara, vertiendo el corazón por sus labios y despeñando el alma por los enrojecidos ojos.



—¡Cuidado que es manía la del novio de mi niñera! ¿Por qué me pondrá el gorro?

Julián, en pie, con el sombrero puesto, el gesto desdeñoso, la mirada en el techo ó en el suelo, fruncido el ceño, la voz tranquila y el timbre bajo, replicaba á los lloros y á las súplicas con raciocinios fríos.

Cuando, al ceder el llanto, sentía Carmen más libertad en la garganta, murmuraba la pregunta de siempre, incrustada en su espíritu con fuerza de obsesión:

—¿Por qué?... ¿Por qué? ¿No soy la misma?... ¡Si te habré hecho algo!... ¿No me decías ayer que tus únicas horas felices eran las pasadas junto á mí? No sé qué llamarte, si loco ó miserable... ¿Por qué rompes conmigo, verdugo?

Le cortaba un sollozo la palabra, y en seguida repetía tenazmente:

—¿Por qué?... ¿Por qué?

Ordenaba colérica:

—¡Dime de qué te quejas!

Y acercándose, con caricias en los ojos bañados en lágrimas, murmuraba:

—¿Se puede querer más?

Julián, impasible, proseguía ordenando sus lógicas, frías y penetrantes, como puñal de doble filo.

—Lo sé... Rompo sin causa, sin motivo, ¡acaso sin pretexto!... ¿Te figuras que dudo de tu amor?... ¿Imaginas que me he enamorado de otra mujer?... ¡Lo ves!... ¡Cuando te digo que nunca has logrado comprenderme!... No rompo contigo, ¡rompo con el amor, con todo el amor!

A las veces un asomo de ternura se le subía á los labios desde el pecho, y entonces exclamaba:

—¡Si te quiero más que nunca!

Pero el pensador vencía al sentimental.

—Dime, Carmen, que me quieres. ¿Y qué? Cuando he afirmado que mis mejores horas las pasé junto á tí, no te mentía. ¿Y luego?... Tengo que elegir entre tu amor y mi amor al oficio... ó escritor ó enamorado... He oído que en otros tiempos había seres privilegiados que podían ser hombres sin abandonar su arte; mi energía no da para tanto... ¡Tengo que elegir!

Carmen le escuchaba sin comprender.

El literato prosiguió:

—¡No puedo más!... Cuando quiero consagrarme á mi obra, tu imagen se abraza á mis ideas, las esfuma y acaba por borrarlas. Cuanto escribo me resulta turbio... ¿Y cómo ha de ser claro, si lo único que tiene luz dentro de mi alma es tu carne, tu carne flama y refulgente?... Cien veces cojo la pluma y emprendo la labor; otras tantas he de hacer añicos lo hecho, ¡ñoñez sin fuerza, que me exaspera y me avergüenza!... Cuando al cabo de muchos embates logro afianzar mi pensamiento, resurges tú de nuevo... ¡y adiós empeños de trabajo!... Una angustia me sofoca; ¿en qué pensará Carmen? me pregunto... Y ya no reflexiono; ni trabajo, ni tengo reposo... Quiero dejar de verte, huir de tí; me consumo pugnando por estar lejos algunas horas más, é inevitablemente... ¡acabo por venir!

La impasibilidad de Julián se había trocado en ansiedad febril, y prosiguió jadeante, la frente cubierta de sudor:

—¡Y si al menos pudiera anegar en tu cariño mis furiosas ansias de hacer obra!... Pero tampoco... Paso á tu lado breves horas de placer y de olvido, y luego despiertan los pensamientos que dormían en un rincón del alma... Tus caricias me asquean, tu belleza me enfurece; necesito trabajar á toda costa; imposible besarte sin que una sensación física de remordimiento me acibare las alegrías... ¡Y todo me es imposible!... El amor, porque me lo impiden mis ensueños de escritor; y el trabajo, porque tu amor me enerva. ¡Y no puedo más!... Tenía que elegir y ya he elegido; me quedo con el trabajo... Desde que el mundo es mundo, se han roto las cuerdas por la parte más débil.

Carmen no cesaba de sollozar y de gemir. La escena hubiera sido interminable si Julián, con acento resuelto, no dice:

—Es ya tarde... ¿No me das los retratos?... ¡Pues quédate con ellos!... Adiós.

El quinqué, sin petróleo apenas, alumbraba quedamente el cuarto. Carmen gemía acurrucada. Por un instante, el ruido de los pasos de Julián acalló el de los sollozos.

—Oye—susurró la mujer—ven mañana á buscarlos. ¿No te da lo mismo? Hoy me moriría al cogerlos.

Julián secamente:

—Dámelos ahora, ¡ahora mismo!.. ó no me los des nunca.—Era un capricho; no me hacían falta.

—Ven mañana... mañana... mañana—repetía Carmen, poniendo en la voz halagos y promesas y caricias.

—¿No me los das?... ¡Adiós!

Retumbó nuevamente el ruido de los pasos; Julián salía del cuarto, cuando al alzar el picaporte oyó un grito ronco, como de voz nacida de la entraña:

—¡Ju-lián!

Retrocedió asustado.

—¿Me dejas sola?... ¡Sola con la obscuridad y con la noche!... Vuelve por la mañana... Y si entonces te vas para siempre, ¡que al menos me quede con la luz del día!

El escritor se estremeció. Había permanecido impávido ante las caricias y las lágrimas; pero halló tal arranque en la frase, que la respuesta fué inmediata.

—Consiento, Carmen; pero mañana vendré en busca de los retratos.

—¿Me das tu palabra?

La mujer, con el vestido desgarrado, ofrecía á los últimos fulgores del quinqué moribundo, el rostro enrojecido, el cuello fuerte y un trozo del seno blanco y firme. Julián contestó con voz segura:

—¡Palabra de honor!

Y á los pocos minutos, mientras Carmen asomada á la ventana y temblando de frío preguntaba á las tinieblas de la noche si volvería Julián y si al cabo se dejaría convencer, el literato, al trasponer la acera, se decía por lo bajo:

—Eso de la soledad y de la luz puede ser muy bonito; ¡algo manoseado como imagen!... ¡pero el arranque con que lo dijo!... Habrá que utilizar la frase para final de un acto; es de efecto seguro. ¿Y quién sabe cuántas otras cosas por el estilo puede decir una mujer enamorada por vulgar que sea?... ¡Cuestión resuelta!... Carmen va á servirme de laboratorio... Tal vez pudiera servirme de algo más... ¡bah!... ¿acaso los artistas tenemos derecho al amor ni á la vida?

Ramiro de Maeztu.

A... UNA

No es tu mirada, donde el fuego brilla,
que va disuelto por tu sangre loca,
la causa que á gozarte me provoca
y ante tu carne espléndida me humilla;

no es el pliegue que forman en su orilla,
al reir, los extremos de tu boca,
ni el vello suave que tus sienes toca
y se encrespa al rozar con tu mejilla.

Es tu nariz, de línea descuidada,
de corte audaz, de artístico remate,
que agitas al sentir las oleadas

de la pasión, como el caballo bate
su rojo ollar de fosas dilatadas
al aspirar el humo del combate.

Joaquín Dicenta.

SÍ QUE SE CASA BOMBITA...

De este viaje nos apuntamos una. Bombita va á casarse con La Goya... Lo dijimos hace algunos días y varios periodistas quisieron comprobarlo, y allá, en playas del Norte, donde están «ella» y «él», les interviuvaron...

Todos los diarios lo han contado. Don Ricardo Torres ha sonreído cuando le han preguntado, y no ha dicho ni «esta boca es mía»... La señorita Auroriia M. Jauffret, más explícita, ha hablado de «fuertes corrientes de simpatía» y de «poco trato» y de su «juventud». Ninguno lo ha negado.

Nosotros, la verdad, no queríamos decirlo, porque somos muy discretitos y buenos y sentiríamos comprometer á alguien. Pero nosotros lo sabemos; nosotros *creemos* haber leído una carta...

Bombita se dirigió hace algunos días ánuestro amigo... un crítico taurino muy admirador y muy amigo suyo, y hablándole de su pasión, le exponía algunas de sus dudas, y fijaba, quizá en hipótesis, fecha para su matrimonio y el programa que realizará de aquí hasta entonces.

Don Ricardo va á casarse, pues. Pero es claro que quien es y vale lo que él, y con el matrimonio contrae «ciertas obligaciones», no puede «irse» así como así, y es natural que trate de ocultarlo entonces.

El programa de D. Ricardo hasta su boda es harto complicado, y habrá de realizarse, sin embargo, en un plazo lo más de siete meses. Primero, D. Ricardo atenderá á su curación; luego arreglará varios asuntos de estos que tiene siempre *sin solucionar* todo hombre joven, popular y no mal parecido; después...

Después viene lo grave, y surge, seria é intransigente, la figura del Sr. Mosquera. La prometida de Bombita, exige para ir á la iglesia con Ricardo que éste se corte la coleta... Bombita no puede ni quiere alejarse del toreo sin una previa despedida aquí en Madrid... El Sr. Mosquera «no quiere» nada con Bombita...

Don Ricardo consultaba á su amigo el crítico taurino todas estas cosas y le pedía que, llegado el caso, le apadrinase.

Juramos ignorar lo que contestó el crítico, nuestro amigo ..... Pero juramos, igualmente, que «si todo se arregla» Bombita se casará en Febrero del año próximo.....

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?

MUSIC-HALL

La sala deslumbra de luz y de fiesta:
deslumbra la sala; preludia la orquesta
las notas vibrantes de extraña canción;
al fin, poderoso, su alegre sonido
domina el ruido,
y acaban las voces y se alza el telón.

Ya sale la hermosa: su exótico traje,
de cintas y flores y plumas y encaje,
la muestra vestida de hermoso bebé:
bebé que seduce, bebé que enamora,
bebé que atesora
hechizos que en tiempos amante gocé.

La hermosa se vende; su rostro hechicero
de besos lo cubre quien tenga dinero;
la escena es la feria do rifa su amor:
mirad cómo mira, mirad cómo engríe,
mirad cómo ríe
con risa forzada, buscando un postor.

Y el público aplaude, febril de entusiasmo,
sintiendo en sus venas correr el espasmo
que en horas de dicha produce el placer:
y al público entero, que grita y jalea,
lo aturde y marea
la copla lasciva de aquella mujer.

La hermosa termina; mas pronto al tablado
vendrá de otra forma, con otro tocado,
buscando otro modo de hacerse comprar.
Me voy: no me dejo vencer del delirio,
no aguanto el martirio.
no espero á que salga de nuevo á cantar.

Yo sé que me ha visto; yo sé que aún me quiere,
yo sé que allá dentro quizás aún la hiere
confuso recuerdo de dicha y dolor,
del pobre poeta que, idólatra y ciego,
con besos de fuego
enteras llenaba sus noches de amor.

Mas eso no importa; que cante, que ría
la hermosa criatura que en tiempos fué mía,
la hermosa á quien antes el alma le dí;
la hermosa se vende: su rostro hechicero
de besos lo cubre quien tenga dinero.
¡Que goce de veras, si puede, sin mí!

Joaquín López Barbadillo.

EL SIMBOLO

I

No sé qué santo... decía que era malo casarse, que era peor quedarse soltero y que en cualquiera de los dos casos... se arrepiente el hombre del partido tomado.

Es decir: que por cualquier camino que uno tire va derecho á la perdición. Total, *que no se pué vivir.*»

Este era, hace tiempo, el constante monólogo de un tal don Tamaravindo, modesto afinador de pianos verticales «y de los otros», que contaba sus cuarenta inviernos bien *abrigados*, y cuyas únicas aficiones eran la música clásica y el automovilismo.

Para don Tamaravindo, la ciencia total de la vida consistía en no fiarse del prójimo; y como el matrimonio ofrecía el riesgo de dar al traste con toda su filosofía, el héroe de mi cuento se defendía gallardamente en las solitarias trincheras del celibato.

—Si me caso con mujer fea—decía—para que no les guste á los demás, cuando yo me convenza de que tampoco me gusta á mí... ¡los diablos andarían dentro de casa!... Y si me caso con una mujer bonita... andarían por fuera, y esto sería lo peor... Amén de que en cada sombra, en cada amigo que me diese la mano creería adivinar un *Judas*. Decididamente soy un afinador refractario al matrimonio.

Y así pasó la flor de su juventud hasta que tropezó con dos ojazos negros capaces de derretir... los pozos de la nieve.

Aquel encuentro fué superior á su voluntad y á sus teorías, porque los ojos de referencia brillaban en una carita de ángel con el irresistible fuego de los veinte años.

Aquí el lector adivina todo lo demás, y el articulista le hace merced del amoroso proceso para llegar pronto adonde iba.

.....

II

Celes era feliz, con una felicidad tranquila, sin esas grandes vibraciones del amor tempestuoso que acaso presintió su corazón de doncella, sin esas vehemencias que funden las almas en la primavera de la vida...

Sabía que «la carrera de la mujer es casarse». Un día pasó un hombre que no era muy viejo y tenía algún dinero... y se casó...

Probablemente no era don Tamaravindo su tipo; pero fué desde luego el que más pronto y más decididamente le habló del

altar... Por otra parte, Celes tenía tal curiosidad por saber lo que era el matrimonio!...

III

—¿Y qué me traes?...

—¡Ah! Una maravilla. En Paris ha sido el *clou* de la Exposición.

—¡A ver!... ¡A ver!... Abre la caja en seguida.

—Mira.

—¡Ay qué bonito!... ¿Es un gallo?...

—Sí; pero este animalito de pluma tan suave y arrogante, ¡es un símbolo!

—¿Cuál?

—El de la vigilancia.

—Bueno; explícame...

—Estos inventores son el demonio. ¿Para qué dirás tú que sirve este gallo?

—No se me ocurre.

—Para ver todo lo que ocurre dentro de casa y referirlo después con la fidelidad de un guardia civil.

—¡Es curioso!...

—Por ejemplo: un criado me abre el cajón de la mesa y me quita un cigarro puro; el gallo observa esto. Cuando yo vuelva á casa, le toco en un resorte secreto, y como no tiene el don de la palabra, encrespa la pluma, abre el pico y exclama: *¡Ki-ki-ri-ki!* De donde yo deduzco la traición.

—¡Es muy notable!...

—Es la última conquista de la mecánica aplicada á la tranquilidad del hogar. Dejando esto sobre la chimenea de mi despacho, me iré tranquilo, y ya puede andar con ojo el que falte á sus deberes...

.....

Nuestros lectores habrán comprendido perfectamente que todo eso del gallito era una ingeniosa fábula del afinador, que *no las tenía todas consigo*.

IV

Pasaron tres años de calma. Don Tamaravindo se hallaba entregado furiosamente al automóvil y hacía grandes excursiones por provincias.

En todo ese tiempo el *símbolo* quedó reducido á un objeto más que adornaba la chimenea.

Celes se aburría, se «moría de pena» durante las prolongadas ausencias de su esposo; pero como él aseguraba que aquel *sport* era tan higiénico y tan... no protestaba.

Al regreso de un viaje que había durado más de medio mes, el afinador llegó á su casa á hora muy avanzada de la noche. Celes se hallaba en el teatro con una amiga, y como don Tamaravindo ignoraba en cuál de los teatros abiertos en Madrid podría hallarse, se puso á revolver papeles en su despacho para hacer más breve la espera. De repente fijó su vista en los objetos que adornaban la chimenea; lanzó un ¡ah!... de sorpresa y cayó desvanecido sobre la alfombra.

.....

El *símbolo de la vigilancia* tenía las plumas engomadas y el pico atado.

Enrique López-Marín.

DE LA SIERRA BRAVA

Los vellones de la nieve de las cumbres
convirtiéronse á los besos del sol rojo en
[chorros de agua,
que descienden en raudales de armonía
por los dientes de granito de la fosca sierra
[brava,
como sierpes cristalinas que se enroscan
en el seno de la olímpica montaña.

—

Ya pasó el helado Enero con sus nieves
y vinieron del Estío las ardientes siestas
[lánguidas,
con aromas de verdor en la alameda
y gorgeos de avecicas en los fresnos y en las
[jaras.

—

Ya vinieron los armónicos crepúsculos
á encender luces de amor en la cabeza,
á dar ritmo á la canción de los insectos
y á incendiar el corazón de las zagalas.

—

Yo topéme ayer, camino de la fuente,
con la moza más pulida de esta virgen sierra
[brava
y seguíla entre lentiscos como un lobo
que anduviese tras la loba lujuriosa y ence-
[lada
y tendíla sobre un tálamo de helechos
y mordí la roja fruta de su boca de escarlata,
y las cándidas palomas de sus senos de ele-
[gida
me picaron en el pecho con sus picos de ágata...

—

En el soto, los erales de áureos cuernos
perseguían con sus lúbricos mugidos á las
[vacas
y detrás de las potrillas semestrales,
los caballos, lujuriosos y calientes, relin-
[chaban.

Miguel de Castro.

CHISMES DE LA SEMANA

EL TENTADERO Y EL «TENTAO»

El grande de España, apenas se hizo ganadero, de acuerdo con una institutriz de sus pequeños, decidió poner un tentadero ó picadero en la calle del Carmen, al final.

E hizo sus suertes y se divertió, y ¡dicen los que lo saben unas cosas!...

Cosas de las que al cabo se enteró la señora del grande de España, ganadero.

Y, claro está, pasó lo «razonable». La dama protestó indignada. El varón negó...

Hubo los disgustos consiguientes. Una tarde, tras de una escena muy violenta, la señora arrojó á su esposo un candelabro y le hirió en la frente... El caballero, algo avergonzado, no se atrevió á seguir en Madrid y salió de él, pretestando quehaceres muy inaplazables.

... Nosotros, hace cuatro días, hemos saludado al grande de España, ganadero, con «su» institutriz, en un hotel de Guadarrama, oyéndole llamar don Diego Arias.

QUIEN MANDA, MANDA

El uno es director general, viejo, canoso y con hijos crediditos ya... El otro, también director de un «ramo popular», es algo más joven, pero casado y con seis ú ocho hijos é hijas pequeñines.

Una mañana, en el despacho directorial de uno de ellos, comentando los líos del señor de los *A, B y C*, de que nosotros nos habíamos ocupado, el viejo dijo al joven:

—Pues yo tengo «lo mío» también, pero lo llevo con el mayor secreto. Mañana cenaremos juntos y te presentaré. Verás, verás...

A la noche siguiente, efectivamente, en un cuartito reservado de «Los Gabrieles» se reunieron el señor X, viejo; el señor H, joven, y la novia del señor X.

Lo que allí pasó nadie lo sabe á punto fijo; pero lo va á poder suponer el que leyere.

Tres días más tarde, al llegar X una noche al cuartito que en la calle del Desengaño ocupa su «novia», halló á H en mangas de camisa tirado sobre una «chaise-longe».

Lo que sucedió aquella noche fué más que grave. El viejo se arrojó sobre el joven y empezó á darle golpes en la cara.

El joven al principio se aturdió; pero luego, repuesto, repelió la agresión gallardamente...

La señorita, novia del X, «había salido»; los directores dijeron gravemente: «Mañana nos veremos», y salieron también.

Al día siguiente, á las dos de la tarde, llegó á Madrid un senador serio y anciano, amigo del señor X, que veranea en la Sierra con su familia.

Hubo reuniones; voces en ellas; miles de cosas... Intervino una alta personalidad, intangible para LA HOJA DE PARRA.

¿Iba á haber duelo? Todo se hallaba preparado... Pero «quien manda, manda» y así pasó, y se arregló todo...

Y «á la presente» el director viejo, resignado, continúa yendo alguna vez al pisito de la calle del Desengaño que costea á «su» novia, temeroso de hallar al director joven y á cierto muchacho periodista, vivaracho y pícaro, que haciendo lo que puede, hace muy bien.

PAN CON PAN...

Entre dos señoritas surgió la otra tarde una cuestión, y hubo palos y todo...

A nosotros no nos preocupa lo ocurrido, motivado, á lo que se ve, por una competencia culinaria.

La señorita... y la señorita... habían guisado juntas. De pronto, un día, se separaron, y tiró cada una por su lado. Luego comenzó á decirse por ahí, que si una hacía á la española y á la francesa determinado plato mejor que la otra y, claro, se vinieron á las manos.

¡Cosas de mujeres!

Varias artistas amigas nuestras han recibido estos días la visita de un jovencito que las ha pedido fotografías y declaraciones para LA HOJA DE PARRA.

No hemos podido dar con ese «pollo pedigüeño», á quien no hemos autorizado, y mucho menos hemos concedido nuestra representación en ningún momento; pero aspiramos á «cogerle» y á poder darle lo que merece.

Entretanto, tengan presente todos que las únicas personas autorizadas para gestionar esa clase de colaboración son dos ó tres periodistas, bien conocidos y acreditados como tales para que su nombre pueda asociarse á un «chantage».

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid.